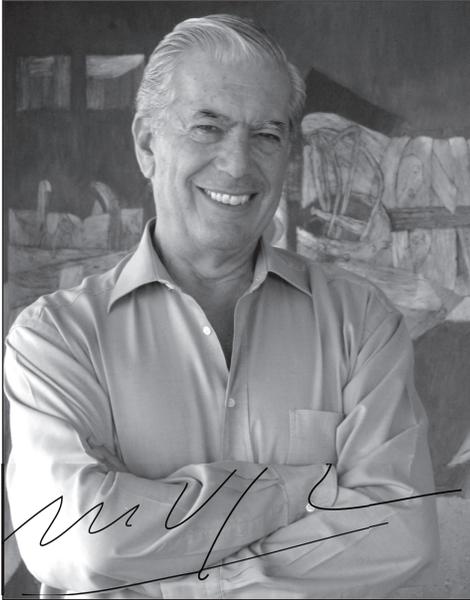


MARIO VARGAS LLOSA

Discurso de recepción



Fotografía por FIORELLA BATTISTINI

Mario Vargas Llosa

es uno de los más famosos escritores contemporáneos, representante de la generación del “boom” de la literatura de la América del Sur. Premio Nobel en 2010, el intelectual peruano ha escrito una importante serie de novelas, relatos breves, dramas, ensayos críticos y memorias.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR Rector de la Universidad de Babeş-Bolyai, Señores Decanos, Señores Catedráticos, Señor Alcalde, Señor Embajador del Perú, Señor Director del Instituto Cervantes, Señoras, Señores, Queridos amigos,

Agradezco con profunda emoción este Doctorado Honoris Causa que simbólicamente me hace miembro del claustro académico de esta prestigiosa universidad. Soy muy consciente de que este reconocimiento implica también un mandato de rigor en el trabajo intelectual y en la conducta cívica. Y desde luego que haré todo lo posible por estar a la altura de este honor y no defraudar a quienes han tenido la generosidad de concedérmelo.

Debo este Doctorado Honoris Causa fundamentalmente a mi trabajo de escritor, es decir a esta vocación que me ha llevado desde que era muy joven a soñar historias y a materializarlas a través de la palabra. Quizá ésta sea una buena ocasión para preguntarnos qué ha aportado la literatura, qué ha aportado la ficción, que es anterior, y la madre de la literatura, al progreso, a la civilización humana. Retrocedamos en

el tiempo hacia aquella época remotísima, los albores de la humanidad, aquel tiempo al que no pueden llegar los historiadores porque no hay documentos escritos que atestigüen cómo era entonces la vida de nuestros antecesores. Necesitamos un gran esfuerzo de imaginación para vivir con aquellos hombres y mujeres que habían salido todavía sólo a medias de la animalidad, que no eran todavía humanos. Acompañémoslos al interior de esas cavernas donde se reunían en las noches, huyendo de los infinitos peligros que significaba la vida para ellos en ese mundo del que no entendían casi nada, salvo que estaba lleno de peligros y en el que en cualquier instante podían morir destrozados por los animales salvajes o destruidos por una naturaleza que significaba todavía, sobre todo, la posibilidad de un accidente, de morir ahogado o quemado por un rayo o despedazado en un abismo. Allí están esos hombres y mujeres alrededor de una fogata y se sienten unidos, protegidos, porque están juntos y están además entretenidos, absorbidos por lo que les dice alguien, un hombre, una mujer, que allí, junto a la fogata, en el centro de ese círculo de seres anhelantes, cuenta historias. Es uno de los más antiguos quehaceres de la humanidad; no existe cultura, por más primitiva y aislada que sea, en la que esa escena no se repita una y otra vez: la comunidad, la aldea, la tribu, rodeando a un contador de historias. ¿De dónde salen estas historias que escuchan esos hombres y mujeres sobrecogidos y en trance? Salen de la memoria, de los hechos vividos en la experiencia cotidiana, ordenados y organizados por aquel hablador, y salen también de la fantasía, de la invención, de esos remotos ancestros de los novelistas contemporáneos. ¿Cuál es el efecto que tienen esas historias en esos auditorios primitivos? Entretener, desde luego, hacer olvidar los sufrimientos, las penalidades, los desafíos infinitos de que estaba entonces hecha la vida, pero también esas historias cumplían la función de sacar a cada uno de esos seres de su miserable condición y hacerlos vivir una vida distinta, más intensa, más rica, más segura, más libre de la que tenían. Allí, escuchando esas historias, inventándolas, repitiéndolas por tradición oral, a lo largo de las generaciones, nació propiamente lo humano. Allí empezamos a diferenciarnos del animal que todavía éramos en el principio de la historia y hacer algo que nunca podrá hacer ningún animal: salir de nosotros mismos, imaginar una vida distinta a aquella que tenemos y, en función de aquella vida imaginaria, vivir insatisfechos y disconformes con la vida que tenemos.

Esa ha sido la gran contribución de la ficción. Esa ha sido la contribución que nos ha permitido salir de las cavernas, salir al aire libre y a través de nuestras acciones, de nuestros esfuerzos, de nuestros sacrificios, ir construyendo unas vidas distintas a esa vida primitiva y elemental de los hombres todavía ferales. Ese ha sido el mecanismo por el cual hemos enriquecido nuestro lenguaje, un lenguaje que en los principios de los tiempos se diferenciaba apenas de los gruñidos o de los aullidos o de los silbidos que permitían a los animales comunicarse entre sí. Así

se fueron enriqueciendo nuestras lenguas. Así, en un momento determinado nació la escritura que dio a esas historias una permanencia que hasta entonces no tenían, porque la memoria siempre es frágil y engañosa, y así nació ese mecanismo que después hemos llamado progreso. Así hemos ido distanciándonos de la caverna y de esos hombres primitivos en una prodigiosa, milagrosa evolución que nos ha llevado a nosotros, que hace apenas unos cuantos siglos, apenas nos diferenciábamos de las bestias, a viajar a las estrellas, a conocer casi todos los secretos de la naturaleza, a derrotar a la enfermedad, a crear al individuo como una unidad independiente con deberes y derechos y con la posibilidad de diferenciarse de la tribu y de elegir su propia vida en consonancia o en disonancia con la vida de la tribu.

Así nació la libertad. Así nació la idea democrática, la idea de que no hay manera de hacer felices a todos los miembros de una sociedad y de la misma manera, porque somos distintos y la idea de la felicidad o de la infelicidad varía muchísimo de persona a persona, y puesto que éramos tan diferentes, la única manera de no ser esclavos era creando consensos, en los que para hacer la vida en comunidad posible, todos tuviéramos que sacrificar algo al fin de alcanzar un denominador común. Eso es la democracia. Eso es ese sistema que redujo de una manera increíble la violencia que había caracterizado las relaciones humanas entre las personas. Así nació ese sistema que fue derribando las satrapías y los despotismos por los que tantos millones de seres humanos padecieron increíbles injusticias y abusos a lo largo de la historia. Sin la ficción, sin esas fantasías, sin esas mentiras que la voz persuasiva de un narrador o de un escritor hacía parecer verdaderas, probablemente nunca habiéramos salido de esos tiempos de la caverna y el garrote. Gracias a la ficción empezamos a sentirnos inconformes e insatisfechos con la vida tal como es y gracias a esas ficciones nos sentimos suficientemente incitados y estimulados para construir vidas distintas que se parecieran cada vez más, que se acercaran cada vez más a esas mentiras, a esas ilusiones, a esas fantasías que conforman la ficción.

Por eso, la ficción, aunque es un entretenimiento extraordinario, aunque es algo que nos distrae de las rutinas y las servidumbres cotidianas, no es sólo, no puede ser sólo un entretenimiento y una distracción. Es algo mucho más profundo, es el motor de la inconformidad humana, de la rebeldía humana, de aquello que nos hace sentir siempre que la vida está mal hecha, que aún en las sociedades más avanzadas donde se ha llegado más cerca de la justicia, de la libertad, de la coexistencia en la paz, se está todavía lejos de alcanzar aquel ideal, aquel anhelo, aquel sueño que avivan y atizan las ficciones que escuchamos o leemos.

Esa es la razón por la que todos los regímenes que han pretendido controlar la vida, desde la cuna hasta la tumba, sin dejar casi libertad al individuo para elegir su propia vida, han sentido una gran desconfianza de la literatura y han visto en ella siempre un enemigo potencial. Las dictaduras ideológicas, las dictaduras re-

ligiosas, las dictaduras militares, dictaduras de izquierda o de derecha, dictaduras de un partido o de un caudillo mesiánico, todas, sin excepción, en todas partes, han tratado de controlar la literatura, sometiéndola a censuras estrictas, a la intermediación de los comisarios, encargados de velar por la ortodoxia religiosa o política. ¿Por qué han visto en las ficciones, en la literatura, en las fantasías de los escritores un peligro? Porque efectivamente, en las ficciones que inventamos y leemos hay un elemento sedicioso y perturbador del orden constituido. Porque leer una ficción, además de pasar un rato exaltado, emocionado, es una manera de mostrarnos las infinitas deficiencias de que se compone lo real, de que se compone la vida para seres, como nosotros, dotados de deseos, de apetitos, de sueños, de imaginación, es decir de aquello que nos obliga a salir de lo que somos y a soñar en una vida distinta, mejor, más intensa, más rica, más duradera de la que tenemos.

Por eso es importante que la literatura no desaparezca, que las ficciones no se degraden y no pasen a ser simples instrumentos de manipulación de la opinión pública, a través de los poderes terrenales. Por eso es importante que ese quehacer de origen tan remoto, inventar historias, siga existiendo y siendo parte central de la existencia porque, sobre todo en los regímenes abiertos, en las sociedades libres, parezca nada más y nada menos que un entretenimiento. Una ficción es mucho más, una ficción es una manera de crear ciudadanos independientes, ciudadanos con sensibilidad y con imaginación, ciudadanos que son mucho más difíciles de engañar y de manipular que aquellos que viven embotados o cretinizados por los grandes medios audiovisuales donde se fabrican pseudoficciones que carecen de ese carácter insumiso y libertario, prototípico de todas las ficciones auténticas.

Por eso debemos rechazar a quienes piensan que en los planes de estudio escolares, las letras, las humanidades deben ser relegadas a un segundo plano ya que el progreso material, el progreso físico, el progreso económico dependen fundamentalmente de la tecnología y de la ciencia, de la formación de auténticos y eficientes especialistas. Eso no es verdad o, mejor dicho, es una verdad sólo a medias. Desde luego que necesitamos científicos, desde luego que necesitamos especialistas, pero necesitamos también soñadores, necesitamos historiadores, necesitamos filólogos, necesitamos poetas y escritores. Necesitamos a esos habladores, herederos de los habladores primitivos que en un mundo de especialistas, es decir entre seres incomunicados entre sí, porque saben mucho de una cosa y desconocen todo de todas las demás, es indispensable que alguien nos recuerde los denominadores comunes y nos recuerde que formamos parte no sólo de una comunidad, de una sociedad, sino de una humanidad a secas, y esa es otra de las grandes funciones de la literatura en nuestro tiempo.

La literatura nos muestra que, por encima de las fronteras de nuestros pueblos, de nuestra región, de nuestro país, hay otros seres iguales a nosotros, aun-

que hablen otras lenguas, aunque adoren a otros dioses, aunque tengan otras costumbres, porque por debajo, por detrás de todas esas diferencias, somos iguales, somos seres frágiles y vulnerables y somos, sobre todo, seres dotados de ciertos derechos, de ciertos deberes, y de una fantasía y de una imaginación que nos permiten salir de nosotros mismos, vernos tal como somos y soñar en una vida distinta y mejor de aquella que tenemos. Nada contribuye mejor a desbaratar los prejuicios, los prejuicios raciales, los prejuicios religiosos, los prejuicios nacidos de la visión pequeña de los nacionalismos, como la literatura. Nadie nos permite sentirnos más cerca, más próximos de quienes son distintos a nosotros, de quienes vivieron en el pasado o de quienes vivirán en el futuro que esos libros que atraviesan los tiempos sin perder la juventud, la frescura, la capacidad de persuasión. Nada nos enseña mejor a dominar mejor nuestro idioma, a conocerlo en toda su riqueza, en todas sus variantes y sutilezas posibles como la buena literatura. Y tener el dominio de un idioma y poder expresarse con exactitud y precisión no significa sólo dominar una lengua, significa pensar con claridad, significa pensar con coherencia y dar a la razón su labor primordial en el mundo de la comunicación.

Pero la literatura significa sobre todo mantener vivo el espíritu crítico. El espíritu crítico puede desaparecer o amodorrarse por el miedo, por la coerción, que es lo que las dictaduras intentan. Pero también las democracias pueden empobrecerse, mediocrizarse por las pseudoficciones, por las distracciones que un poeta llamaba adormideras, que son en gran parte, por desgracia, las ficciones de la televisión, un gran invento de la técnica que no ha sido hasta ahora, por lo menos, suficientemente aprovechado como una fuerza creadora, creadora de objetos, que además de producir entretenimiento y placer sean unas fuerzas críticas de la sociedad en la que vivimos.

Eso que es, eso que ha sido, y eso que seguirá siendo mientras exista la literatura. A ella le debemos creo buena parte de las mejores cosas que hemos conseguido. Y, desde luego, yo le debo los momentos más ricos, más intensos que he vivido desde que comencé a escribir y uno de esos momentos es el de hoy, de esta mañana, en esta antigua universidad, gracias a esta elegante y conmovedora ceremonia. Agradezco enormemente al Senado académico de la Universidad, a los catedráticos, a los decanos que están detrás de esta conspiración amistosa para incorporarme a esta universidad simbólicamente como un miembro más. Quiero terminar por donde comencé, agradeciéndoles de todo corazón este extraordinario honor que me conceden y comprometiéndome una vez más a estar a la altura de este reconocimiento y de no defraudarles. Muchas gracias.

□

(Trascrito por OLIVIA PETRESCU)

Abstract

Acceptance Speech

This is the acceptance speech that Mario Vargas Llosa delivered upon receiving the title of Doctor Honoris Causa of Babeş-Bolyai University, in Cluj-Napoca, Romania, on May 20, 2013. An internationally acclaimed personality, the Peruvian author has written an impressive series of novels, short stories, dramas, essays of literary criticism, and memoirs. His discourse focuses on the importance of fiction in the evolution of the human race. Imagining fictional worlds is a means for individuals to escape and to complete the dull reality, to live the lives they wanted but they could not live.

Keywords

Mario Vargas Llosa, Doctor Honoris Causa, Babeş-Bolyai University, fiction, literature